

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas.
— Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año. — Nú-
mero suelto, 10 céntimos. — Atrasado, 25. — Co-
rresponsales, 25 números, 1,53 pesetas.

LA GUERRA CIVIL

Se inició por fin en Cataluña.

¿Con tres partidas, con dos, con una?
¿Más grandes, más chicas? ¿Esto qué
importa? El caso es que están ya enfrente
la libertad y el absolutismo.

Era lógico. Habiéndose venido pre-
parándola desde hace tantos años ¿por
qué no había de estallar la guerra?

Todos los monárquicos han contribui-
do a ella, los unos matando el espíritu
liberal, los otros halagando al carlista;

la prensa más aún que los gobiernos.
Y ahora ella se percata de que hay
muchos conventos en España, y mucha
romería, y mucha peregrinación, y mu-
cho sermón faccioso; ahora comprende
que no era de mal gusto atacar al cleri-
calismo; ahora se persuade de que no se
mata el carlismo persiguiendo a los pe-
riódicos que han tratado de impedir el
avance de la reacción.

Pero existen hoy algunos periódicos
liberales que deslizan veladamente la
idea de que es preferible cualquier so-
lución a la actual. Y ante esa herejía,
yo, que si pudiera matar la restauración
por el solo esfuerzo de mi voluntad, no
viviría al terminar este párrafo, yo me
afirmo y ratifico con más convicción que
nunca en este lema de Fr. Morín:

«Antes que el carlismo, la anarquía.»

José NAKENS

TODO MENOS ESO!

Al leerse en el Congreso los partes tele-
gráficos en que se decía que desde la ma-
drugada del lunes 15 de Julio de 1873 has-
ta las nueve de la mañana del miércoles
se defendieron en Estella 200 voluntarios
contra las facciones Dorregaray, Ollo, Pé-
rula, Rosas y Aldea, en total 1.200 hombres
con cuatro cañones, y que intimada que
les fué la rendición y próximo el asalto del
fuerte, el voluntario Celestino Garamun-
di se encerró en la habitación que servía
de polvorín decidido a prender fuego a la
pólvora en cuanto un carlista intentase
el asalto, permaneciendo durante todo el
tiempo que duró el ataque con la mecha en-
cendida aguardando el momento oportuno,
y que la señora del capitán permaneció en
el fuerte todos aquellos días curando he-
ridos y animando a los combatientes, el
señor Ríos Rosas, aquel gran tribuno, aquel
gran carácter y aquel gran corazón, comen-
zó un discurso con este párrafo valiente:

«Cuando he oído el último parte leído
por el señor ministro de la Gobernación en
que se refieren los actos heroicos de Estel-
la, me he electrizado al ver que la Espa-
ña de 1873 es la España de 1834 y 1837.
Cuando he oído ese parte, he adquirido la
completa seguridad de que el tercer pre-
tendiente será confundido como lo fueron
sus antecesores. (Grandes aplausos). Esta
España desgraciada ha sufrido mucho;
puede sufrir hasta la anarquía por un pe-
riodo de tiempo; lo que no sufrirá nunca es
el despotismo de don Carlos ni de sus descen-
dientes; lo que no sufrirá jamás, es la teocracía,
la Inquisición. (Aplausos prolongados).
Es menester decirlo muy alto para que lo
sepa la nación y para que lo sepa la Euro-
pa entera: Jamás, jamás sucumbiremos ni a
don Carlos ni a los satélites de la antigua
tiranía! (Delirantes aplausos). ¡TODO ME-
NOS ESO!»

Al cauto de siglo de haber pronuncia-
do Ríos Rosas esas palabras, y a pesar de
que hemos caído muy bajo, y que la teocracía
ha levantado la cabeza, y que los caracte-
res se han perdido, y que la fe está amorti-
guada, y que hemos sostenido dos guerras
coloniales, una de ellas promovida por los
frailes auxiliares del carlismo, y otra ex-
tranjera, y que las fuerzas están agotadas, y
que nos vemos sin recursos, todavía pode-
mos llegar a la tumba del orador enérgico
y decirle:

«No valemos lo que la generación a que
tu perteneciste; mas si para otras empre-
sas no, para la de combatir al carlismo aún
nos quedan alientos que nos permiten re-
petir con voz atronadora tu hermosa frase,
é impedir que pueda ser por nadie desmen-
tida:

¡TODO MENOS ESO!

Todos culpables

Unos directa y otros indirectamente, varios a las
claras y muchos en la sombra, todos los clericales
han trabajado por encender la guerra civil.

El vulgo sólo se ha fijado en los que descar-
adamente predicaban la insurrección, sin advertir
que, así como en una orquesta hay instrumentos

que apenas se oyen y otros que sólo dan notas
aisladas y con grandes intervalos, pero que con-
tribuyen poderosamente a la belleza artística del
conjunto, así en la charanga carlista cada indivi-
duo ha aportado al levantamiento la parte que co-
rresponde al puesto que ocupa, los medios de que
dispone y el campo en que se agita.

El obispo que ha combatido al clericalismo en
sus pastorales, el clérigo que ha vociferado contra
él en el pulpito, el jesuita que ha abierto colegios
para pervertir los hijos de los liberales, el fraile
que ha cerrado las puertas del cielo a todo el que
tiene sentido común y lo usa, el mestizo que ha
creado sociedades de polizontes con el pretexto de
velar por la moral, los que han fundado asilos
benéficos o formado cofradías, todos aquellos, en
fin, que han combatido la obra revolucionaria, no
son más que músicos de la gran charanga carlista
que ha comenzado a tocar esa partitura terrible
titulada Guerra civil, que arrancará a la nación
ayes de agonía, y le hará verter ríos de sangre y
mares de lágrimas.

No hay que fijarse en si éste se ha puesto en
contradicción con aquél, en si uno desmintió lo
que dijo otro. Si cada instrumento de una or-
questa lanzase aisladamente sus notas, resulta-
ría una barabanda infernal; bajo la batuta del di-
rector, las más discordantes, al parecer, suelen
ser las que más contribuyen al efecto armónico.

Desde el periódico liberal que ha llamado ante
el crimen si era clérigo el que lo cometa, hasta
el jesuita disfrazado de republicano que, apare-
ntando descreimiento, sostenía que era de mal
gusto hablar contra el clero; lo mismo el que fin-
giendo respeto a la opinión ajena permitía a su
familia practicar actos religiosos de que él se bur-
laba, que quien permaneció indiferente ante las
prociacidades y manejos de los enemigos de la li-
bertad, todos son músicos de la charanga carlista,
y contra todos debemos proceder, ya que se ha
disparado el primer tiro, pues todos han con-
tribuido a que el carlismo, fabricante de calaveras
al por mayor, vuelva a empedrar las montañas
con huesos de liberales y a encharcar los valles
con su sangre.

Sólo de esta manera, reventando a todos, podrá
España salvarse.

El Ejército y el carlismo

Los carlistas hacen correr la voz de
que cuentan con gran parte del Ejército.
Mienten en esa como en otras cosas; en
esa más que en ninguna.

Podrá haber, hay seguramente en el
Ejército jefes y oficiales carlistas, tal
vez algún general; éstos podrán, si la
guerra se extiende, irse con don Carlos;
pero ¿arrastrar al Ejército? No.

El Ejército, como dijo Tiers, es de
quien lo crea, lo sostiene y lo recom-
pensa; y como el de España lo creó la
libertad para combatir al carlismo en la
primera guerra, y lo ha sostenido la
nación mandada por liberales, y lo han
recompensado todos los gobiernos, in-
cluso el de la República, que aumentó
en 25 pesetas el sueldo de los subater-
nos, el Ejército no puede ser carlista.

Pruebas mil ha dado de ello; la más
grande fué cuando los monárquicos di-
solvieron el cuerpo de artillería, que los
republicanos reorganizaron después. Era
un cuerpo privilegiado, pasaba por reac-
cionario, se vieron desposeídos de sus
empleos los jefes y oficiales, y a pesar
de esto ¿cuántos se marcharon con don
Carlos? Muy pocos. Prefirieron quedarse
sin carrera a unirse con los asesinos de
sus hermanos de armas.

No; el Ejército no es, no puede ser
carlista; se lo impide su tradición, el
mar de sangre que tendría que vadear
para unirse a los asesinos de sus com-
pañeros, la ilustración que hoy tiene; y
cuando eso no fuera, se lo prohibiría el
instinto de conservación.

Los carlistas tienen generales, jefes
y oficiales, unos creados en la última
guerra y otros nombrados después; han
ido ascendiendo en la paz y se presenta-
rán en campaña ostentando sus empleos.
Con pocas excepciones, los individuos
de ese Estado Mayor son gentes sin ins-
trucción, ni idea de lo que es honor mi-
litar; hicieron del guerrear un oficio lu-
crativo, y, por lo tanto, robaron y sa-
quearon siempre que pudieron; no pe-
learon con nobleza, cazaron con astucia
ó asesinaron con crueldad; el incendio
les facilitó en ocasiones el triunfo que á
su valor le estaba vedado. ¿Y con gentes
así iba a confundirse el Ejército español?
Con pensarlo se le ofende.

Pero vamos a suponer lo absurdo, á
hacer probable lo imposible; que el Ejér-
cito se fuese con el carlismo, y que éste,
ayudado por él, venciese. ¡Pobre Ejér-
cito al día siguiente del triunfo! Se vería
sustituido por la patulea carlista, que
presentaría como mérito para ser prefe-
rida su antigüedad en la defensa de la
causa, su consecuencia, sus sacrificios,
y hasta los hechos realizados en contra
del mismo Ejército, y hasta los infames
fusilamientos y asesinatos de Ripoll,
Berga, Cirauqui, Olot, Enderlaza y cien
puntos más.

Ellos serían los preferidos, los hala-
gados, los que inspirasen confianza; y
si no de una vez, poco á poco, la bri-

llante oficialidad española se vería des-
poseída; y entonces mal si, como ocurrió
á raíz del 28, no se empleaba el punal
y el revólver para acabar con sus indi-
viduos en detall.

Y aunque esto no fuera; ¿qué indivi-
duo del Ejército llevaría con orgullo una
condecoración que ostentase un émulo
de Santa Cruz, un grado que obtuviese
un imitador de Savalls? ¿Qué oficial se
resignaría á tener por jefe á un asesino
ni por compañero á un ladrón? ¿Dónde
irían á parar entonces las altas ideas
que hoy tiene el Ejército sobre el honor
y el deber? ¿Cómo podría repetir, con el
orgullo que lo hace ahora, aquello de que

la milicia sólo es una
religión de hombres honrados?

No; los carlistas, si lo imposible pu-
diera realizarse alguna vez, única ma-
nera de que obtuvieran el triunfo, no
necesitarían echar á los jefes y oficiales
del Ejército; éstos se irían solos por digni-
dad personal, por honor colectivo.

Nunca han sabido los carlistas disimular
el odio que tienen al Ejército. En la
última guerra, como en la primera,
los jefes y oficiales que se pasaron á sus
filas fueron siempre mirados con pre-
vención, cuando no perseguidos, cuando
no deshonrados. Se utilizaban sus ser-
vicios, porque eran los únicos que valían,
pero se les odiaba en el fondo: cual-
quier cabezalla feroz y sanguinario al-
canzaba más predicamento arriba y abajo:
sirva de ejemplo Zumalacárregui en la
primera guerra; Dorregaray en la se-
gunda. Cabrera, don Basilio, cualquier
otro malvado significaba más que el
primero para Carlos V; Santa Cruz, Sa-
valls, Rosa Samaniego, eran más apre-
ciados que el segundo por Carlos VII.

Y esto es lógico. No un partido que
tiene por bandera el robo, el incendio y
el asesinato, son los mejores los que más
asesinen, más incendien, más roben...
Por esta razón nunca podrían imponerse
al carlismo los jefes y oficiales del
Ejército que, ni aun en los momentos
en que se baten como fieras, se olvidan
de que son hombres, y honrados y ca-
balleros.

DE FOTOGRAFÍA

Se nos quiere presentar ahora á ese Car-
los que ha ensangrentado á España, como
el hombre destinado á salvarla. Vamos á
juzgarle, no dejándonos llevar por la pasión
de partido, sino apoyándonos en los hechos
auténticos é irrefutables que nos suministra
su historia.

¡Hijo! Procuró destronar á su padre, de
acuerdo con su abuela, del reino imagina-
rio que la familia persigue encharcándose
las botas en sangre española.

¡Esposo! Nadie ignora la vida que dió á
doña Margarita, maltratándola de palabra
y obra en muchas ocasiones.

¡Padre! Dígalo doña Elvira, esa hija cuya
deshonra difundió por todo el mundo.

¡Hermano! Don Alfonso tuvo que aban-
donarle antes de terminarse la guerra,
lanzando un manifiesto en que veladamen-
te le acusaba de inepto, cobarde é inmoral.

¡Amigo! A los que distinguió con su con-
fianza, procuró deshonrarlos. Que hablen
Calderón, Boet, Dorregaray, Elío, Migro-
vejo, Valdespina, Díaz de Rada, Mendirry y
cien más.

¡Valiente! Corriendo desalado en Ora-
quieta, huyendo ante Irún, no acercándose
á Bilbao sino á distancia de cuatro leguas,
entrando el primero en Francia al terminar
la guerra, es como únicamente dió muestras
de serlo.

¡Traidor! Se comprometió el 16 de Ju-
nio de 1869 á no dar ningún paso ni tomar
iniciativa alguna, condición que impuso
Cabrera para ponerse al frente de los ne-
gocios militares, y al día siguiente, 17, en-
vió en secreto á Barcelona á don Francisco
Sala, para que sus partidarios, poniéndose
de acuerdo con los comprometidos de Va-
lencia y Madrid, combinaran los elementos
é iniciaran la sublevación sin esperar nueva
orden ni avisar á nadie más que á él.

Y no sólo era traidor, sino que obligaba
á los suyos á serlo. Cuando don Amadeo
dió el 17 una amplia amnistía á los carlis-
tas, expidió una real orden (1) fechada en
Bayona el 16 de Septiembre, ordenando á
los sargentos, cabos y soldados residentes
en Francia que se acogiesen á la amnistía
y se presentaran á los jefes carlistas de
los pueblos donde iban á residir, para pre-
star en ellos los servicios que se les ordena-
se. Que no concedía permiso, pero que tam-
poco lo negaba, para que los jefes y oficiales
entrasen al servicio del gobierno de España,
y que su deseo era que fuese el mayor nú-
mero posible, porque allí podían ser sus ser-
vicios eficaces. De esta manera inculcaba
ideas de hidalguía y lealtad en sus parcia-
les; de este modo los ordenaba sentar plaza
de traidores.

¡Embustero! Lanza á Polo el 69 al mo-
vimiento de la Mancha, sale mal, y niega
que él se lo haya ordenado.

¡Leal! Inutilizó á todos aquéllos á quie-

nes manifestó afecto; sembró la desconfian-
za entre ellos; los enzarzó; y por no ser leal,
hasta no lo fué con Rosa Samaniego, asesi-
no á quien utilizó, cuando éste demandaba
protección para huir de la justicia.

¡Moral! Como dijo un poeta, no conoció
nunca más moral que el árbol que cria mo-
ras.

¡Caballero! De industria lo fué siempre:
lo mismo cuando trataba de sablaccar á Ca-
brera, que cuando se lamentaba de que los
fueros de las provincias vascongadas le im-
pidieran arruinar por completo aquel país.

¡Religioso! Sus burlas al obispo de Urgel,
sus escarceos libidinosos en un convento en
Estella, nos aborran de dar detalles edifi-
cantes sobre este punto.

¡Rey! Si el serlo consiste en no saber nada
de nada, en inutilizar á los hombres que
sirven lealmente, en distinguir á los asesinos
y á los rufianes, en sacar dinero en to-
das partes y á cualquier costa, en no cum-
plir palabra empeñada, en deshonrar en sus
mujeres á los vasallos, ó en divertirse mien-
tras sus partidarios derraman su sangre, en
este caso ¡oh! en este caso reconocemos y
proclamamos que ese imbécil, ese menteco-
to, ese vicioso, ese cobarde é inmoral, cruel
y vengativo, á quien llaman los suyos Car-
los VII, es un modelo acabado de reyes,
por más que en lo desleal, en lo sanguina-
rio, no pase de ser... una mala caricatura del
infame Fernando VII.

¡Pobre España si cayera en manos de un
hombre así! Desaparecería del mapa.

Recojer lo sembrado

En esto de los carlistas ocurre una
cosa singular: se les permite hacer pro-
paganda, crecer, organizarse; y cuando,
por consecuencia de esto, se echan al
campo, unos se admiran, otros se extra-
ñan y todos se indignan.

Se transige con ellos, se les halaga, se
les elogia; y, cuando, por efecto de todo
esto, se envalentonan, vienen los aspa-
vientos y los gritos y las amenazas.

Los restauradores han sembrado je-
suitas, frailes, asociaciones religiosas,
y se sorprendan ahora de recojer car-
listas? ¿Pues qué pensaban recojer? La
semilla que se arrojó á la tierra, dará
más ó menos, pero produce otra semilla
exactamente igual.

Somos partidarios de la libertad, mas
no para los lobos; éstos deben cazarse
en todas partes y á toda hora; y como
los carlistas son lobos, y más carnívoros
que los que, cuando ellos no los reco-
rren, vagan por los montes, de aquí que
debamos desde luego exterminarlos, y
no aguardar que se arrojen sobre el re-
bano y lo destrocen.

Y no se nos hable de derechos de los
partidos políticos; el carlismo no es un
partido político, puesto que tiene por
principio el robo, el asesinato y el in-
cendio; es una cuadrilla de bandoleros.
Podrá haber entre sus partidarios algu-
nos que individualmente no merezcan
ese calificativo; pero en conjunto á to-
dos les cuadra, todos lo merecen. Los
que en la guerra pasada callaron ante la
crápulosa vida de su rey, los asesinatos
cometidos por Savalls, Santa Cruz, Goi-
riena, Rosa Samaniego, Jergón y cien
carlistas de esta estofa, merecieron por
cobardes lo que éstos por criminales.

Podrá, repetimos, haber carlistas hon-
rados; el carlismo no lo es.

TÁCTICA BURDA

Los carlistas, para ver si se atraen al Ejér-
cito, dan á entender que tienen ya bastantes
partidarios dentro de él.

Aseguran de igual modo que están á su
favor los hombres de negocios, la alta banca,
los capitalistas en todos su múltiples y va-
riados matices, y mienten del mismo modo
que cuando afirman que cuentan con el Ejér-
cito.

Se necesitaría que fuesen todos unos estú-
pidos (y no lo son cuando de sus intereses
se trata) para no comprender que el triunfo
del carlismo traería aparejado el reconoci-
miento de la deuda carlista, como mil veces
han dicho; y si con la nacional es imposible
ya vivir, ¿qué iba á ser de España el día que
cargase con la de la guerra pasada, la de la
anterior y la de la presente?

Y como ya en ese camino no habían de
detenerse, ni aun queriéndolo podrían, inme-
diatamente después del reconocimiento de la
deuda carlista vendría la anulación de las
ventas de bienes nacionales, para que el cle-
ro entrase en posesión de los bienes que con
perfecto derecho se le vendieron.

Los hombres de negocios saben todos
bien, que una de las primeras cosas que ha-
rían los carlistas, según dijo en Marzo de
1873 el corresponsal que *El Times* tenía en
Estella, por habérselo oído al propio don
Carlos, sería no reconocer ninguna clase de
deuda de las contraídas por los gobiernos
españoles desde que se inició el movimiento
carlista del 69. Y como esto sería la ruina

de los hombres de negocios, excusado es
decir que no han de ayudar al carlismo.

Si, después de saber esto, los señores de
la Blanca creen que deben ayudar á los car-
listas, que lo hagan. Así acabaríamos de una
vez con unos y con otros. ¿Los tenedores de
papel ayudaban al carlismo? Pues al par que
los exterminásemos, quemáramos el papel.

Otro de los medios de que se valen los
carlistas para reclutar gente en los distritos
rurales, es decir que devolverán sus bienes
á los pueblos; ellos, á quienes los vasconga-
dos tuvieron que poner á raya para que no
se comiesen hasta las piedras; ellos, que ha-
cen del robo una profesión y del saqueo una
religión.

Piensen los pueblos en que esto no puede
hacerlo un rey que tiene por fuerza que apo-
yarse en las clases conservadoras, y que, de
ser posible hacerlo, hay que buscarlo por
otros caminos.

No digo eso; ni siquiera la devolución de
los bienes del clero podría decretarse, dado
que los descendientes de los primitivos com-
pradores son hoy los principales auxilia-
res del carlismo.

Desprecien, pues, esos ofrecimientos, que
únicamente van encaminados á embaucar al
pueblo para que él mismo se ponga la cade-
na al pie y se la remache.

Convenría que la prensa liberal no con-
tagiada del virus carlista tocase con deten-
ción estos puntos, para evitar que algunos
cándidos cayeran en la red.

La plaga carlista

El carlismo debe desaparecer, no sólo
porque lo capitanea una familia indigna
de estar al frente de cualquier partido,
sino porque es una rómora de nuestra
civilización y de nuestro desenvolvi-
miento político.

Mientras haya carlismo, habrá en Es-
paña masas ignorantes, eclesiásticos ba-
talladores, aventureros latro-políticos,
conspiraciones fanáticas, y guerras ci-
viles prolongadas, estériles é inhumanas.
El carlismo dificultará siempre todo ade-
lanto político, económico y social, malea-
rá el régimen parlamentario, enturbiará
la libertad religiosa, perturbará el desen-
volvimiento de la vida municipal y pro-
vincial, atrasará el vuelo de nuestra
agricultura, industria y comercio, enve-
nenará el estado de nuestra marcha cien-
tífica, literaria y artística, nos impedirá
fortalecernos y desarrollarnos, y nos
tendrá relegados á esa categoría de na-
ción decaída, débil, inerme, que por su
causa ahora tenemos, obligados á mirar
en silencio lo que en Europa se hace.

Si el carlismo fuese verdaderamente
un partido de ideas, un partido nuevo,
un partido de intereses nacionales, se
haría mal en destruirlo, por no privar á
España de un elemento que la animase y
robusteciese. Pero el carlismo no es más
que una agregación de intereses egoís-
tas, de vanidades repugnantes y de ru-
tinas seculares que nos debilitan y em-
pobrecen.

¿Y qué se proponen hoy en día los
carlistas? ¿qué idea ni qué programa tie-
nen? ¿qué esperan, ó en qué confían? Lo
único que hacen es dar importancia al
mentecato y cobarde don Carlos, que se
adorna con su adhesión, ayer para lucir-
la en las orgías de baronesas falsas y de
cocottes reales, y hoy para halagar á su
segunda mujer, que le ha llevado una
fortuna con la esperanza de alcanzar
una corona que no ha de ver en sus sien-
es.

Si alguien pregunta á los carlistas por
la idea que defienden, no pueden conte-
star sino que siguen á don Carlos, sin
justificar su vocación ni siquiera dici-
endo que el carlismo representa una idea
nacional.

¿Qué son los carlistas en sí mismos?
No son más que hombres de armas to-
mar, sin recursos propios, ni dirección.
Los que discurren algo en política, sa-
ben que sus ideas son impracticables.

¿Tienen siquiera programa, saben á
dónde van, ó los mueve una idea común?
No; se odian entre sí, y odian á la li-
bertad, y los fueros, y la religión y todo
lo que aparentan defender.

Pues si nada representan sino la des-
honra de la patria ¿por qué andar en
contemplaciones con ellos? ¿Se discute
acaso el combatir las plagas?

Donde les duele

La prociadad de los diarios carlistas no
reconoce límites durante la guerra.

Pedían á sus correligionarios «fusiles, ca-
ñones, lanzas, y al que no pudiese facilitar
esos instrumentos de guerra, mil reales, cin-
co duros, una peseta y hasta dos cuartos, si
á más no alcanzaban sus recursos, para Dios,
para la patria y para el rey, amenazándoles
con que no luciría para ellos la misericordia

divina si no contribuían en la medida de sus fuerzas a sostener la causa de don Carlos. ¡Dinero! Este era para los asesinos aquellos el objeto primordial. Lo sacaban de todas partes, con peticiones, con amenazas, a mano armada... Y lo hacían cuando les interesaba hacerse gratos a la opinión. ¿A que no se hubieran atrevido si llegan a triunfar?

Con las subvenciones de ferrocarriles, los robos al Estado y a particulares, lo que les producían los secuestros y lo que el clericalismo les daba, los carlistas eran entonces los que más dinero tenían en España. Las casas de banca alemanas e inglesas saben bien el dinero que se les enviaba de Filipinas, cuyos frailes están ahora aquí.

Por estas razones, ya que el dinero lo es todo para los carlistas, mestizos e integristas adyacentes, en el bolsillo hay que castigarlos.

Sientan ellos el dolor ahí, y la guerra terminará por sí sola. Lo que todos ellos tienen vale menos que la vida de un soldado.

No se comete al hacerlo ninguna injusticia. Es ya ley que el vencido pague los gastos de la guerra: cinco mil millones de francos le costó a Francia el ser derrotada por Prusia.

Apliquemos este sistema a los carlistas, pues que tenemos la seguridad de vencerlos; decretese el embargo de sus bienes, y vendanse tras breve tramitación. Así tendremos para los gastos de la guerra sin sacrificar al país.

Y no haya cuidado entonces de que la guerra dure mucho: el día que los carlistas, con careta o sin ella, vean que tienen que pagar los vidrios que rompan, no romperán más vidrios.

Hay hombres que sufren resignados, y hasta orgullosos, la cárcel, el presidio, el destierro; padecer personalmente por una causa política, se considera hasta una gloria.

Pero tóqueseles al bolsillo, embárgueseles sus bienes, vean pasar sus fincas a otros, sus enemigos quizás, y ¡adiós valor, idea del sacrificio, abnegaciones!... Los leones se vuelven corderos. Dar la vida, bien; pero el dinero... ¡oh! esto es superior a las fuerzas humanas... ¡verse desposeídos, pobres!... No hay convicción que resista a tan desoladora idea.

TODOS PERDERÍAN

¿Quiénganaría en España con el triunfo del carlismo? Nadie, más que la familia proscrita y el centenar de fanáticos que pusiera a su devoción.

El clero perdería, porque, sobre no poderle conceder más que con la restauración tiene, avivaría el odio del pueblo hacia él, y a la corta o a la larga traería esto una revolución en que no quedase cabeza de cura sobre los hombros ni piedra sobre piedra en los templos.

El Ejército perdería, porque aparte los bandidos que aumentarían sus filas, se le sometería el sistema de purificaciones que arrojaría de él a los honrados, a todos lo que lo forman hoy.

La aristocracia perdería, porque el régimen absoluto la considera únicamente en relación a las abdicaciones de dignidad que sus individuos llevan a cabo.

La clase media perdería, porque, falta de libertad para moverse y desarrollarse con arreglo al progreso de los tiempos, acabaría aniquilada por la competencia que en la esfera de la industria y el comercio le hicieran las órdenes religiosas, como ya se lo están haciendo en la medida que pueden.

Y el pueblo perdería, porque sujeto a un diapasón normal de miseria, tendría que volver en masa a la degradante soga o a buscar en la emigración el pedazo de pan que tiene aún a ratos aquí.

¿Qué más? Las mismas personas ilustradas que por romanticismo tradicional están afiliadas al carlismo, serían las primeras en arrepentirse de haber contribuido a su implantación, las víctimas preferidas por sus partidarios. Recuerden lo que hizo Fernando VII con los que contribuyeron a que recuperase el trono, con los que más ciegamente le sirvieron. Las cárceles y los presidios se llenarían con ellos el día que el miserable a quien llaman rey lo ocupase a su vez. Cuando viera que le era imposible en estos tiempos sostener la transitoria reacción en que hoy se apoya, transigiría para seguir reinando con los liberales que no hubiera fusilado, y exterminaría a los carlistas que no coreasen su evolución. Hombre sin otro ideal que el trono, todos los medios le parecerían buenos para conservarlo.

Y siendo esto así, y no pudiendo nadie ganar nada con el triunfo del carlismo, ¿a que no combatirlo con furia desde el primer instante? ¿por qué no buscar sus cómplices, estén donde estuvieren, y hacerles pagar sin contemplaciones el crimen de la patria que han cometido?

¿Triunfar? Nunca

Crear que pueden triunfar, ni los mismos carlistas lo creen.

Si el 73, sin Ejército apenas, e indisciplinado gran parte del que había; el cuerpo de artillería disuelto; teniendo que atender a la guerra de Cuba y a la cantonal; con las pasio-

nes soliviantadas; sin gobiernos fuertes y estables; sin hombres a la altura de las circunstancias; con ministros que dejaban el poder por no aplicar la ordenanza (y en tiempo de guerra); con unas Cortes que se entretenían en discutir asuntos sin importancia en vez de haberse dedicado exclusivamente a volcar toda España sobre el Norte y parte de Cataluña; sin dinero, sin crédito, sin nada, en fin, supimos tenerlos a raya e impedimos que pasaran el Ebro, ¿qué habían de triunfar ahora?

En cambio ellos, contaron entonces con la mayor suma de elementos que pueden contar nunca; con un clero a quien los obispos impulsaban y el Papa no detenía; con el apoyo indirecto de las clases conservadoras que preparaban la venida de don Alfonso; con los cuantiosos recursos que les enviaban los frailes de Filipinas; con la frontera francesa abierta; con lo que les producían los robos continuos que impunemente hacían en los pueblos, abandonados por no haber Ejército; con el cansancio de un país trabajado por cinco años de convulsiones revolucionarias; y a pesar de contar con todo eso, no dieron tiempo para restablecer la disciplina, reorganizar el Ejército, y hacerles al fin repasar la frontera.

La única ventaja que tienen hoy sobre entonces, es que España está llena de conventos, cuyos moradores les ayudarán cuanto puedan; pero esta ventaja es más aparente que real, porque los frailes, como la guerra siga, deben ser barridos por el pueblo si no lo hace el gobierno.

Mas esto, el saber que no pueden triunfar, no ha de impedirlos obrar con energía.

Suponiendo, lo que tampoco admito, que se hayan echado al campo los carlistas de Cataluña sin orden de don Carlos, siempre quedará en pie esta verdad: están organizados, armados, uniformados, y cuentan con dinero y apoyo en los cléricos; por lo tanto, el día que reciban la orden de aquel, será terrible el movimiento.

A evitar que esto sea, por todos los medios, absolutamente por todos, este el único deber de la España liberal.

Lo que es el carlismo

Los partidarios del aborrecido absolutismo conocen de sobra lo difícil de su empresa, y lo imposible de una victoria que les consistiese asentar su dominación de un modo estable en esta tierra fecundada por sangre de liberales, y encaminan sus esfuerzos a extraviar la opinión de una parte del país, protestando de que el triunfo de su causa no significaría la vuelta a un pasado de horrible recordación, sino la depuración de la inmundicia por varias medidas de gobierno en armonía con la civilización.

Este es uno de tantos artillos de que se han valido siempre los defensores del altar y del trono, una abominable hipocresía más en el número infinito de las que componen la historia de ese bandolerismo amparado a la sombra de una idea política.

No; el carlismo de ahora, el que amenaza nuevamente la tranquilidad de los hogares españoles, el que nos amaga con una nueva serie de crímenes y de horrores, el que se dispone a ensangrentar de nuevo el territorio, el que prepara nuevos días de luto y desolación para España, no es otro ni es distinto de aquel partido que trajo la reacción de 1814, anulando la obra inmortal de las Cortes de Cádiz, y apoyando a Fernando VII para premiar con negra ingratitude el sacrificio de los que más habían contribuido a devolverle la corona, haciéndoles blanco de las iras reaccionarias y objeto de persecuciones y castigos; el mismo que engendró la regencia de Urgel, a la que debió la vergüenza de la intervención extranjera, el famoso decreto de 1.º de Octubre de 1823 por el que Fernando VII derogaba el compromiso contraído por otro decreto firmado en Cádiz el día anterior y pretendía borrar del tiempo los tres años transcurridos desde 1820; el que apoyado en esa misma regencia organizó la horrible persecución, sin ejemplo en nuestra historia, que hizo emigrar a millares de españoles y llenó las cárceles y calabozos de infelices víctimas sacrificadas al furor de un estúpido fanatismo, de cuyas iras no se libraron ni las mujeres, ni los niños, ni siquiera los animales y los bienes de los vencidos; aquella reacción de la cual dice un historiador nada sospechoso por sus ideas, que afirma el período más horrible de España, y que no la hubo, ni se conoce más estúpida; el mismo que ejecutó toda aquella serie de horribles crueldades, baldón de nuestra historia al vergonzoso grito de: *mueren la nación y vivan las cadenas*; el que predicaba—no lo olviden los liberales—el exterminio de éstos hasta la quinta generación; el que ha envenenado con su mortífero aliento nuestra atmósfera política, y por dos veces y durante largo período ha ensangrentado a España y la ha conducido a la ruina.

Sí, es natural que ese partido, llamémosle así, enemigo natural de las libertades, intente consumar su nefanda obra, pretendiendo, al ver a España al borde del abismo, dar el último impulso para precipitarla en la sima sin fondo del aniquilamiento, para borrar su nombre del mapa, ya que no le sea dable borrarlo de la historia, como intentó en 1823 borrar los tres años de sistema constitucional.

No habrá español de sentido común que se deje sorprender por una artimaña semejante; pero todo el que se precie de patriota tiene la obligación de dar la voz de alerta para que nadie se deje seducir por esos cantos de sirena del carlismo, que hoy, lo mismo que ayer, no es más que el enemigo de la libertad, el más grave y peligroso enemigo del decoro de la nación española.

Digan lo que quieran los partidarios de ese anacronismo que se llama causa carlista, personificada en un nombre que ha sido el ludibrio de la Europa civilizada y la vergüenza de su propia familia, y aun de muchos de sus partidarios, no convencerán a nadie de que el triunfo de esa causa puede traer para España más que el duelo, el desprestigio y la ruina.

Llámanse a sí mismos representantes de la tradición, como queriendo ocultar con la vaguedad del calificativo las tristes realidades de esa representación; como si no hubiera historia, ni memoria, ni sentido moral en este país, cuando no representan siquiera la tradición histórica, porque aquellos monarcas, genuinos representantes de la monarquía absoluta, que ordenaban el aspi-

to de Roma y mandaban prender al cursor del Papa donde fuere habido, sabían mantener la independencia y los fueros del poder civil, es decir, la integridad de la nación, mientras estos absolutistas son y fueron sus mejores títulos en ser esclavos de la Roma papal, dóciles auxiliares e instrumentos del clericalismo. No significan lo que en las tradiciones del absolutismo, atendidas las épocas, puede haber de levantado y digno, sino la intriga ruin, la mezquina ambición, las conspiraciones de las camarillas que se agitan o se arrastran entre la turba multa cortesana; en una palabra, todo lo pequeño, lo bajo, lo miserable, lo hediondo, lo corrompido que puede haber y producirse en las esferas del gobierno.

Representan ese sistema condenado por la civilización y por la historia, que erige en resortes de gobierno la astuta hipocresía y la crueldad; en una palabra, representan la reacción fanática que desde los comienzos del siglo viene siendo la rémora para el progreso y la salvación de España, que acabaría, si ellos dominasen, por ser excluida, y con razón, del concierto de los pueblos civilizados.

El carlismo es la reacción que no representa siquiera el pasado, sino la muerte de toda libertad y de todo derecho. Con él, por consiguiente, no caben componendas, ni pactos, ni acomodamientos ni transacciones por parte de los que no se le someten incondicionalmente.

El carlismo tiene declarada guerra sin cuartel a la libertad; la libertad, que es el progreso, que es la civilización, no puede transigir con lo que es la negación de todo progreso.

Los carlistas han predicado el exterminio de los liberales hasta la quinta generación; los liberales no serán dignos de España si no trabajan sin descanso hasta estirpar de raíz ese árbol podrido del carlismo, que a la vez que nos arruina nos envilece y deshonra.

¡Libertad, y a ellos!

Trabajemos todos porque despierte la opinión liberal, recordándole lo que fueron y lo que son los carlistas, para que calcule lo que serán. Y a ver si por este medio conseguimos que sea tal la explosión del sentimiento liberal, que quede en intento la tercera guerra. Porque creer ni por un solo instante en su triunfo, de eso no hay que hablar siquiera.

No; es imposible que tanto y tanto sacrificio hecho por la libertad, que tanta sangre derramada, que tantas riquezas consumidas fuesen estériles, vivieran a ser inútiles.

No; es imposible que en 25 años esta enérgica y vigorosa raza española haya degenerado tanto, que no pueda reproducir, llegado el caso, los actos de heroísmo prodigados en cuatro años de encarnizada lucha, como antes los había prodigado durante siete.

Aun cuando por una perversión funesta de todo buen sentido nos hubiéramos acostumbrado a no creer posible un hecho hasta que acaeciese; aun cuando no comprendiéramos todo lo que el carlismo es y representa, no hay resorte alguno en nuestra alma, desde el instinto de conservación hasta el honor y la dignidad, que no nos impulse a combatir por todos los medios al carlismo. El triunfo de éste sería la deshonra más grande que pudiera caer sobre nuestra patria, con tener ya tantas encima; la vergüenza más terrible para todos los liberales.

El carlismo vendría a dividir a los españoles en conquistadores y conquistados; vendría a arrancar de nuestro suelo todo lo que a él ha traído la civilización moderna, a fomentar la ignorancia y el fanatismo, a amortizar nuevamente la propiedad, a resucitar odiosos privilegios, a oprimir con mano de hierro la conciencia, a envilecernos, a degradarnos.

Todos los liberales saben esto y también que no cabe dejarse dominar por el indiferentismo, ni decir con egoísmo criminal: «¡a mí qué me importa!» Porque si el imbecil y degradado Pretendiente que sirve de instrumento a la reacción llegara a sentarse en el trono, apoderándose de todos los recursos del Estado para ponerlos al servicio de los deseos y las pasiones de su gente, ninguna de cuantas personas han militado en el partido liberal dejaría de ser blanco de sus iras, tanto más cuanto menos avanzada hubiera sido; pues sabido es que los carlistas odian más a los monárquicos conservadores que a los mismos republicanos.

Sí, pues, amor a las ideas, deber, decoro, egoísmo, todo nos impulsa contra ellos; si somos los más fuertes por el número, el pensamiento y la cultura, ¡por qué no tomamos desde luego medidas que los exterminen! ¡Por qué no los atacamos en sus madrigueras, cubranse con el manto que se cubran, político, social o religioso! ¡Por qué no hacemos ahora lo que debió hacerse antes! ¡Por qué no están ya en la cárcel todos los carlistas conocidos! ¡Por qué se publica ya un solo periódico de los suyos! ¡Por qué no se han registrado ya todos los conventos y en ciertas regiones todas las iglesias también! ¡Por qué hay ya un círculo carlista abierto! ¡Por qué no se han disuelto todas las asociaciones de carácter religioso, que tengan sabor carlista! ¡Por qué continúa explicando su cátedra Barrio y Mier, jefe oficial del carlismo! ¡Por qué no se ha procedido contra todos los que ostentan cargo o representación en ese partido! ¡Es tan bien vigilado el obispo de Plasencia y cuantos como él piensan, y los canónigos y curas conocidamente carlistas que hay en España! ¿Se puede saber por qué no están ya las cárceles llenas de frailes! Todos los carlistas que han puesto placa en sus casas ¡por qué no están ya a buen recaudo! Todos los curas y frailes que han predicado de seis años acá sermones facciosos ¡por qué no han sido procesados aún!

Esto se preguntan los que aman verdaderamente la libertad.

¡Guerra de exterminio!

El carlismo vive de la farsa y de la mentira como ningún otro partido en España.

Se titulan sus partidarios defensores de la religión, y profanan las iglesias asesinando en ellas a los liberales, incendiándolas cuando no pueden tomarlas y robando los objetos de valor que contienen, fundiendo las campanas para hacer cañones, molándose los eclesiásticos que van en sus filas y robando y asesinando a los que no se les unen.

Se proclaman guardadores de la propiedad, y despojan y saquean las poblaciones, queman las casas, talan los campos, destruyen el ferrocarril, el telégrafo, y los puentes, y las estaciones, y los coches de viajeros, y las mercancías, y todo lo que les viene a mano.

Se dicen paladines de la moralidad, y blasfeman, fuerzan, violan sin respetar edad ni condición, siguiendo en esto el ejemplo del que jamás se detuvo ante respeto alguno para saciar sus brutales instintos, sus apetitos groseros: el que llaman su rey.

Hablan de patria, y convierten la suya en un montón de ruinas, matando a la vez su riqueza, impidiendo su prosperidad al paralizar la industria, el comercio y la agricultura, llevándola a la miseria por la despoblación, al aniquilamiento por la devastación, a la bancarrota por los enormes gastos que para combatirlos se ve obligada a hacer.

Ofrecen leyes descentralizadoras, y se revelan contra los fueros de las provincias Vascongadas y Navarra, porque les impiden saquearlas a sus anchas.

Truenan contra las perturbaciones del liberalismo, y, estando en guerra, donde la unión se impone, se calumnian, se destrozan, viven en constante intriga, y se odian como enemigos encarnizados.

En suma, que no practican nada de aquello en cuyo nombre se lanzan a la lucha, y agravan los males que España lamenta bajo la monarquía constitucional.

Y en cuanto a la conducta que siguen, uada pueden echarle en cara al partido monárquico que más haya prevaricado dentro del régimen liberal en lo de cometer exacciones, agios o robos; tales han sido los suyos.

Por no tener los carlistas, ni siquiera tienen convicciones. Los más de ellos no han sabido nunca, ni lo saben hoy, por qué lo fueron y lo son. Unos, porque les gustaba la vida del guerrillero; otros, porque estaban descontentos del gobierno que mandaba; otros, porque lo eran desde el 35, época de positivas convicciones; otros, porque esperaban hacer más carrera; otros, porque su mala índole hallaba campo en las perturbaciones de la guerra; y si muchos continúan en el partido, es tan sólo por rutina, por amor propio, por compromiso, y algunos por especulación.

Porque, en definitiva, ¿puede esperar España, algo bueno útil ni patriótico del carlismo? ¿Nuevas formas políticas? ¿Poder? ¿Honra? ¿Gloria? ¿Ciencia? ¿Arte? ¿Industria? ¿Comercio? ¿Agricultura? ¿Influencia internacional? No. Lo único que puede esperar son venganzas, suplicios, asesinatos, robos, incendios, violencias y saqueos dentro de España; descrédito, deshonra y horror, fuera.

Así guerra de exterminio a sus principales cabezas!

Doloroso es predicar dentro de una nación el exterminio; pero no lo es más vivir perpetuamente en guerra con unas gentes que lo predicán y lo practican, diezmando nuestra juventud, talando nuestros campos, incendiando nuestras ciudades, agotando nuestras riquezas, fruto del trabajo de tantas generaciones?

Filántropos de todos los partidos; tomad una balanza, poned en un platillo cuantas ventajas atribuis al pasado, a la tradición, y en el otro los huesos de nuestros padres y hermanos muertos en este siglo por los enemigos de toda libertad y todo progreso, y veréis cómo pesan más esos huesos sagrados.

Basta ya de contemplaciones que se atribuyen al miedo, de respetos que se califican de impotencia. La clemencia con ellos, el perdón, las repetidas amnistías, los convenios, han sido considerados por los carlistas como muestras de debilidad; la generosidad de la nación y de sus gobiernos, como signos de temor.

Preguntad a las madres, a las hijas, a las esposas de los que perecieron en la última guerra, si es posible tener piedad; y a las de los que tienen hijos, padres o esposos expuestos a morir en ésta, si no es preferible acabar de una vez con esos criminales, por todos los medios, cueste lo que cueste, y matar en estado de canuto la langosta de la tercera guerra civil, ya que por torpezas, cobardías o transigencias punibles se han dejado siempre vivos los gérmenes y por eso se ha reproducido.

Y veréis cómo os contestan que hay que acabar de una vez con las principales cabezas del carlismo, para no estar perpetuamente expuestos a esos horrores que llaman y arruinan a la patria.

IDEAS SALVADORAS

No creyendo yo que los carlistas se echaran al campo hasta que viniese la República, díme a pensar hace años en lo que deberíamos hacer cuando el caso llegase, y ocurriésemos lo siguiente, que he publicado ya tres o cuatro veces, incluyéndolo además en los folletos *Los crímenes del carlismo*:

«En la Gaceta siguiente al día que se reciba la noticia de haberse levantado los carlistas en armas, debe publicarse el siguiente decreto: *«Quedan suprimidos todos los*

conventos y asilos religiosos. El pueblo es el encargado de hacer cumplir este decreto.»

En el mismo día, y por órdenes reservadas, se dispondrá que se incauten los ayuntamientos de todas las alhajas de los templos, para que no sean vendidas y empleadas su producto en balas y pólvora.

A todo carlista que desaparezca de la población en que viva, se le impondrá una multa diaria, y si no tuviese bienes, la pagarán sus correligionarios.

Se retirará toda clase de asignación al clero para impedir que vaya a parar a manos de los carlistas y con nuestro dinero se nos combata.

Se enviarán instantáneamente fuerzas a la frontera, con más (es que municiones, para que vengán incendiando los pueblos y caseríos carlistas.

Se impondrá una fuerte contribución de guerra a todas las personas reconocidamente afectas al carlismo, para que no carezcan de nada nuestros soldados.

Serán embargados y vendidos en pública subasta, al mes lo más tarde, todos los bienes de los carlistas y personas afectas a su causa, reservando sus tierras para darlas en lotes a los inválidos de la guerra. El importe de lo vendido se aplicará a pensiones que deberán concederse a los padres o a los hijos que mueran en campaña.

Otro medio eficaz para cortar la guerra en sus comienzos, sería reunir en Madrid a los arzobispos y obispos, y rogarles que nombrasen una representación de su seno que pasara a convencer a los carlistas de la conveniencia de deponer las armas, quedando los demás en rehenes para responder subsidiariamente de la conducta de sus delegados.

A los espíritus meticulosos que pudieran juzgar esto un poquito fuerte, debo decirles:

La guerra es lo anormal, lo violento, lo ilegal, y es hermosamente ridículo, pero ridículo al fin, pretender regularla como las demás acciones humanas. Si al comenzar la pasada se hubieran tomado las precauciones que indico para la presente, no hubiese alcanzado las proporciones que alcanzó.

Y no hay que olvidar que esta guerra que se ha elaborado en los antros del clericalismo, ha de ser, si no impedimos su desarrollo, más terrible que las dos anteriores, porque es la última esperanza de todos los elementos que odian la libertad en Europa.

Alguien juzgará peligrosos los medios que propongo, por creer que la violencia puede arrastrar a muchos al campo contrario. Está en un error. Lo único que alienta a los que luchan en nombre de ideas caducas, es la debilidad de los que deben combatirlos. Y ahí está la historia que lo demuestra. En cambio, todos sabemos que en Francia no ha vuelto a promover guerras el clericalismo, desde que el general Rocher apeló a medidas energéticas en la Vendée.

Ya sé que mucho de eso no pueden hacerlo los monárquicos, pero algo han debido hacer ya, si no por amor a la libertad, por salvar las instituciones que han puesto en sus manos el gobierno de la nación.

Mas para que sepan los carlistas lo que les esperaba si la República estuviere hoy implantada, reproduzco otra vez esas ideas salvadoras.

MEDIDAS URGENTES

Hay que decretar inmediatamente al servicio militar obligatorio, para que vayan a la guerra los hijos de los cléricos que han contribuido a que estalle, y que paguen allí con sus vidas, como sus madres después con sus lágrimas, el crimen que sus padres cometieron.

Una de las principales razones de que las guerras civiles duren entre nosotros, es esta; que las clases privilegiadas salvan a sus hijos por un puñado de oro. Fuerau todos a batirse, y muchas familias dejarían de prestar apoyo directo e indirecto al carlismo, por temor a que sus hijos ó deus los pareciesen en la contienda.

Téngase esto muy presente, ya que la guerra ha estallado, no sólo por ser justo, sino porque contribuirá cual ninguna otra medida a que la guerra termine.

Otra medida que urge adoptar, es la de registrar y vigilar a los frailes, curas y monjas (estas sobre todo), que viajen desde hoy, por si diera la casualidad de que fuesen portadores de dinero ó de documentos interesantes.

DE ACUERDO

El notable periodista madrileño que firma a diario trabajos en *El Baluarte* de Sevilla con estas dos iniciales A. A., y al que le pareció poco oportuna mi campana contra el Directorio, antes de cumplir el mes de haberla yo iniciado ha escrito en el número de aquel colega perteneciente al 30 de Octubre:

«El directorio de la Unión Republicana ha dejado transcurrir el mes de Octubre sin cumplir el solemne compromiso que contrajo con el país y con sus correligionarios. Espontáneamente se comprometió a la celebración de ciertas consultas y a congregarse en importante mitin en Madrid, para dar fe de vida y para excitar a los correligionarios a una acción común que diera como resultado el concierto de todos para la obra redentora de salvar a España mediante la instauración de la República.

Ha recibido muchísimas contestaciones favorables para realizar su pensamiento. No lo ha hecho, sin embargo, ¿Por qué? Esto es lo que nosotros no he-

mos podido averiguar. Lo que si hemos averiguado, y de lo que si estamos perfectamente bien penetrados, es de que se ha perdido el tiempo, de que no se aprovechan las ocasiones, y de que los intereses republicanos y nacionales están en manos de quienes no pueden ó no saben.

El partido republicano, dirigido por quienes le representan en la actualidad, no aprovecha estos momentos críticos para demostrar su energía y su decidido propósito de salvar la libertad y la patria.

Nosotros, que con tanta benevolencia les hemos tratado, que con tanta decisión como interés hemos aconsejado la prudencia, convenimos ya en que se han apurado los plazos y ha llegado el momento de pensar en la sustitución de esos señores por una verdadera explosión del sentimiento popular, y aconsejarles que no entretegan más sus ocios, para que no se achaque á complicidad lo que acaso no sea más que exagerada prudencia ó injustificado temor á masías que no encajan bien en los que han merecido la confianza del pueblo, y que, por los síntomas, no responden á ella como debían.

Los momentos presentes aconsejan una acción rápida, decisiva y eficazísima para dar la batalla en plazo brevísimo y sin contemplaciones á todos los elementos reaccionarios. Si los directores no pueden ó no quieren, ó si su prudencia es tanta que les asuste el porvenir, vayanse, dejando el campo abierto á otros más atrevidos.

La empresa es de corazón más que de entendimiento, y el que no tiene el entusiasmo del revolucionario, aunque tenga el cálculo frío y sereno del estadista, debe marcharse antes que llegue el momento, ya cercano, de que el pueblo le despidiera.

Los directores dirigen por algo. Si no pierden la fe y el entusiasmo en sus actos, hay que abandonar sus puestos para que otros más apasionados y entusiastas los ocupen, porque la fuerza imponente de la revolución demanda resoluciones energéticas para realizarla, y antes que nos arrolle la avenida, debemos darla cauce y marcarla derroteros.

A su casa el que no sirva.

Cuando yo anuncié que este corresponsario sería de los que más y mejor apretasen el día que se convenciera de lo que yo estoy tan convencido, era porque conocía bien el paño.

No es malo el refuerzo que me ha venido, dadas las condiciones de ilustración é independencia de A. A.

LA UNIÓN REPUBLICANA

Nakens, el infatigable é insigne periodista señor Nakens, cansóse de esperar que partiera del Directorio del partido de Unión republicana, alguna resolución que indicase enmienda en los procedimientos hasta el presente seguidos, y en su valiente semanario *El Motín*, emprende ruda campaña contra los culpables del abandono en que á nuestros correligionarios se les tiene, por parte de quienes han tomado á su cargo la dirección de la política republicana.

Aunque la verdad nos amarga, no por los que sufren las consecuencias de que á la faz se les arroja, sino porque indica que hemos cometido un error más aceptando por jefes á quienes para serlo han dado pocas pruebas de servir; aunque, pues, la verdad nos amargue, hemos de reconocer que la justicia y la verdad asisten por completo al estimado correligionario.

También el cansancio y la desesperación comienzan á penetrar en nuestro ánimo, cansancio de esperar, al igual que él, algo que manifestara que con el cambio de dirección reviviera en lo alto el adormecido espíritu revolucionario, y desesperanza por ver que en vano confiábamos en la regeneración de los dioses mayores del Olimpo republicano.

Hemos esperado sin que deber ninguno á ello nos obligase. El partido republicano de esta localidad está en completa independencia de cuanta dirección de Madrid pueda provenir; desde hace mucho tiempo existe proclamado un cantón independiente, pero también, y sobradas pruebas tiene dado, dispuesto á responder cuando á respuesta violenta fuese llamado. Tanto más, por esa circunstancia, era de encomiar nuestra expectante actitud.

Hoy ya sentimos agotada nuestra paciencia, y declaramos al actual directorio de la Unión Republicana tan fracasado como fracasadas han caído cuantas direcciones anteriores á ésta han asumido la representación de la Jefatura.

Es más: conocemos ó creemos conocer las causas del fracaso. Gentes de encubrida posición social, ligadas al presente por toda suerte de relaciones, de amistad, sociales, económicas; etc, gentes sin fuerzas para sobreponerse á las influencias del medio predominante, deben sucumbir estrujadas bajo la enorme presión social que sobre ellas se viene al menor movimiento que se les vea é indique amagos de destrucción para el actual régimen. Son gentes sin energías para realizar los grandes destinos que deben cumplir los hasta escualto puesto elevados. Recordando así, y vayanse presto; vayanse; y dejen á otros el lugar que ellos no saben ocupar.

No faltan, aún entre nosotros, hombres arriesgados, dispuestos á sufrir si queja las más duras consecuencias de las más peligrosas aventuras. Jefe así es lo que nos hace falta; jefe dispuesto á arrostrarlo todo, aun el martirio y la muerte, por llevar las fuerzas republicanas á la consecución de las grandes reivindicaciones que den fin á las iniquidades de la restauración monárquica.

(*El Clamor Público*, del Ferrol.)

Advertencia importante

Suplico á todos los republicanos que tienen sus hijos en colegios clericales, de frailes, jesuitas, ó curas, que los retiren inmediatamente, si no quieren pasar por la vergüenza de que se los empujen á la facción.

A menos que no tengan gusto en ello, pues en este caso nada he dicho.

CRÓNICA

OPTIMISMO

Año de nieves año de bienes, reza un antiguo adagio que, como todos los de su clase, debe encerrar un fondo de esa filosofía intuitiva popular, algo más sólida, según dicen, que la de muchos especialistas de esos que se han devanado la mollera para volverse ellos y volver tarumba á la humanidad.

Con temperatura crudísima invernal, nieves, vientos y otros excesos atmosféricos empezó el otoño, sorprendiendo á las gentes en traje de verano. Transición brusca en beneficio de los catarros y las pulmonías. Sus efectos se han notado en los registros civiles de defunciones.

Por ese lado que afecta á la salud de las gentes, los bienes pronosticados para el año de nieves, se truecan en lutos y lágrimas. Por lo que atañe á los campos, á la agricultura, dicen que es promesa de ricas y abundantes cosechas. Menos mal. Los fríos y las nieves prematuros son de efectos mortales para el padre viejo, la hermana ó la esposa delicada y la criatura tierna aún no hecha á resistir cambios atmosféricos tan rápidos y crudos; pero la sementera próxima será cosa de ver, una bendición. ¡Lástima grande que lo que es bueno para el trigo y la cebada no lo sea también para las personas!

Sabias se dice que son las leyes de la naturaleza... No lo discutamos. Sería eso meterse en muchas honduras. Hemos convenido en que las cosas más serias y trascendentes deben tratarse superficialmente y á la ligera, huyendo de la aridez filosófica en obsequio á la amenidad literaria. Y no está mal pensado eso. ¿Quién no prefiere reírse con un artículo corto de Taboada á bostezar ante un mazacote de páginas de Spencer?

Es una ridícula manía esa de pasarse un hombre la existencia triste, pensativo y meditando considerando lo mal arregladas que están las sociedades humanas, reñegando de las brutalidades y fenómenos de la naturaleza y conculándose de la disparidad y falta de armonía en cuanto le rodea. ¡Como si á él, después de todo, personalmente le importara algo!

Es filosofía más sana y provechosa esa que consiste en no fijarse más que en la parte buena y agradable de las cosas. Sobre todo el fatalismo, que es muy cómodo. ¡Hace calor excesivo en verano y frío irresistible en invierno!... Es natural; siempre ha sucedido y sucederá lo propio. ¿Quién va á variar esas sabias leyes de la naturaleza? Nadie. ¿Qué adelanta uno con ponerse de mal humor y reñir hasta con su sombra, porque esos fenómenos naturales é inimitables sean perjudiciales para la humanidad? ¡Qué majadería!

Lo mismo que en otro orden de cosas. Hay quien exclama indignado de ciertas desigualdades sociales: ¡Eso no debe ser! ¡Eso es absurdo! ¡Bah! ¿Que hay ricos y pobres, felices y desgraciados?... Lo mismo que siempre. ¡Vaya una cosa nueva!... Seamos razonables. Deben mirarse todas las cosas bajo el punto de vista de un encantador optimismo. Por ejemplo, ahora, al comenzar este cruelísimo período del año para que preocupase dolorosamente de los seres amenazados de morir de hambre y de frío ¿A qué sentir un estremecimiento de horror y de indignación al considerar que hay millares de criaturas sin pan, sin abrigo y sin albergue que tienden las manos escuálidas y ateridas é imploran con voces planideras y entrecortadas sin conseguir nada del egoísmo humano, más duro y glacial que los propios rigores de la estación? ¡Buena gana de sufrir pensando en tales cosas! ¡Sucedan! Luego tienen que suceder. ¿Que no debía ser así?... Conforme; no debía ser, pero es. ¡Desigualdades, absurdos sociales!... ¡Vaya una salida! La sabia é inmutable naturaleza asa durante una temporada al género humano y lo hiela durante otra... ¿se quiere mayor desigualdad y absurdo? Pero es que los hombres tienen medios de prevenirse, de contrarrestar... Sí, tienen medios, y aun enteros; pero como no los emplean, les resulta lo que á aquél que tenía un tío en Alcalá...

Por eso decía que es un solemne majadero el que se preocupa y sufre por el mal de los demás, cuando éstos pueden y no quieren remediarlo. No va á ser uno más papista que el papa.

Yo, si en mi poder estuviera el dar personalidad real y humana al sempiterno optimista Pangloss ideado por Voltaire, lo haría de muy buena gana, multiplicando extraordinariamente los ejemplares para que fueran los guías y educadores del género humano,

y especialmente de este nuestro país, ya muy predispuesto por su espíritu de resignación á acoger semejantes doctrinas.

JOSE CINTORA

¿Nocedal defraudador?

La pregunta que sirve de titular á este suelto no la hacemos á humo de pajas, Nocedal farsante, incrédulo, richón, tacaño, hipócrita, redomado, calumniador de oficio, anticlerical y anticatólico, traidor de la patria y mamarracho político-religioso, ya era conocido; pero esa nota de irregularizador no la tenía; al contrario, se hablaba mucho de su moralidad, en la que aún creían algunos.

De pronto sale un sacerdote, Pey Ordeix, que le conoce á la perfección, que militó á su lado y lo dejó por un deber de conciencia, y después de recordar que Sancha ha llamado con justísima razón á Nocedal, *negociante en mercancías averiadas*, le dice lo siguiente en el artículo VII de los que venía dedicando en *El Cosmopolita* á destrozarlo:

«Y ya que de buenos y malos negocios estamos hablando, vamos ahora á hacer mención de uno, del cual Nocedal no quiere acordarse.

No sé si sabrán mis lectores, y por si no lo sabían ahora lo sabrán, que el señor Nocedal, aprovechándose del fervor patriótico que se despertó en España á los comienzos de la última guerra hispano-americana, para no ser menos que *El Imparcial* que abrió una suscripción para los enfermos repatriados, y para dar en las narices al gobierno que abrió la suscripción patriótica, Nocedal abrió también su suscripción para *flexar un buque corsario*. La suscripción, si mal no recordamos, alcanzó la cifra de *setenta mil pesetas*.

El *buque corsario* no ha aparecido por ninguna parte, y ni las setenta mil pesetas han sido devueltas á los donantes.

¡Sabría decirnos el señor de Nocedal, qué se han hecho de esos *catorce mil duros* de la suscripción? Porque es el caso que si no da explicaciones que nos satisfagan, *El Cosmopolita* ha recibido ya y procurará ir recogiendo de los donantes la cesión de sus derechos á las cantidades donadas, para hacer aclarar el asunto en los tribunales de justicia y sería curioso, muy curioso que el señor Nocedal, amigo del señor Montaña, sobre el estigma de negociante en mercancías averiadas que le ha puesto en la frente el cardenal Primado, y sobre el proceso que por injurias le sigue á instancias del presbítero señor Castilla, tuviese que cargar con una sentencia de los tribunales competentes declarándole *atracador con pretestos patrióticos*. Vea aquí el señor Nocedal por dónde se le va á enturbiar la buena ventura de uno de sus más lindos negocios.

Y como hay más días que longanizas, cerramos hoy el artículo esperando decir nuevas cosas en el siguiente.

Es lástima que haya muerto el diario católico en donde apareció este *Yo acusó* tremendo, y, seguramente, habrían aparecido sus consecuencias anunciadas en las líneas transcritas; pero estamos aquí nosotros para recibir igualmente la cesión de derechos de los donantes que quieran aclarar en los tribunales el empleo de esas sesenta mil del ala, y además casi á diario vamos á requerir y azuzar al gran Tartufo, para que dé cuentas de ese dinero; y si no las da, no dejaremos de dedicar aunque no sea más que diez líneas diarias durante un año para consignarlo. Si las da satisfactorias, tendremos mucho gusto en publicarlas; eso sí, la justicia ante todo; pero, ¡no es ya mucho que no haya tenido nadie noticia del barco llamado *El Corsario Nocedal*!

¡Animo, donantes confiados! ¡A pedir vuestro dinero y á los tribunales si llega el caso! ¡Animo, señor Pey! ¡A desenmascarar al gran hipócrita, que á todos querría quemarnos vivos! ¡Animo!

EL PAIS

Cátedras y catedráticos

DON JOSÉ VALDÉS RUBIO

(DE DERECHO PENAL)

¡Qué admirable personaje para Edgar Poe, dije yo una mañana de los tiempos, en la puerta de la Universidad y á la vista del señor Valdés, á quien no tenía el honor de conocer.

—¿Para Edgar Poe? contesté uno que me oía, preguntándose sin duda quién era el personaje que se permitía el lujo de usar tan extraño nombre.

—Sí, señor, para Edgar Allan Poe, repetí yo de nuevo, en tanto que mis oyentes, cinco estudiantes de derecho, abrían los ojos desmesuradamente como si por primera vez escuchasen el nombre del gran borracho. Comprendí desde entonces que no se podía hablar de norteamericanos, sin grave riesgo de ofender á tan dignos patriotas, y tomé la resolución de nunca volver á pecar.

El señor Valdés era para mí un personaje macabro, siniestro, ó si se quiere fúnebre. Su aspecto, de enterrador innoble de esos que por la noche, al pávido lucir de la *desmayada Ofelia*, que dijo el poeta, profanan los cadáveres de las vírgenes para saciar el impulso sádico de sus voluptuosidades. Sus ojos—los del señor Valdés—parecían-me como si miraran hacia dentro cansados de contemplar la podredumbre de fuera, y su barba espesa y negra ocultaba á mi entender una mue-

ca *funambulesca* en donde las lágrimas se mezclaban con las sonrisas.

Eso me dije yo, creyendo aliviar una sombría tragedia en la persona del penalista Rubio, y hasta lo comparé, por lo de *similia similibus*, con el bicho pensador de que nos habla Dandiel en las *Cartas desde mi molino*.

Más tarde... ¡oh! más tarde, todas aquellas majaderías que pensara se desvanecieron, del mismo modo que las tinieblas cuando la *aurora abre con sus dedos de rosa las puertas del Oriente*.

Con el señor Valdés no haría un cuento ni el mismo Faustón. Sus ojos miran hacia dentro su propia vanidad; su barba espesa sólo oculta la sonrisa del que, satisfecho de la vida, mira lo porvenir sin las dudas amargas de lo incierto. El señor Valdés era sencillamente catedrático de Derecho penal, empleado en las oficinas de los ferrocarriles del Mediodía y autor de un programa razonado de la asignatura que explica.

En la advertencia, que no prologo, con que comienza el razonado programa, ruega encarecidamente á los que consulten su libro, le hagan cuantas observaciones se les ocurran... Allí van unas cuantas.

En primer lugar sobran esos prolegómenos que no sirven para otra cosa que para justificar las pesetas que cuesta el libro; ¿es que después de haber estudiado derecho natural, derecho romano y derecho civil no va á saber el alumno que derecho se deriva de *directum*? Esto, si no es desconfiar de sus apreciables compañeros, es otra casa peor.

La definición que de derecho penal da don Luis Silvela, la compone él con palabras semejantes, y hace la *suya*, para luego decir que *vienen en la esencia á estar conformes*. ¿En la esencia nada más? ¿Y en la existencia no? En la *suya*,—que no es *suya*—dice que se ven clara y distintamente—¡dite jabbón!—los tres fines del derecho penal; y más abajo dice, que sólo son dos los elementos del tal derecho. ¿En qué quedamos, enterrador de pega?

El hombre sabe lo que es bueno y lo que es malo; sabe también que es libre... ¿Qué ha de saberlo! Si tú supieras, ¡oh siniestro penalista! que eras mal escritor, ¿hubieras emborronado esas 557 páginas de que se compone el programita razonado? Contéstame que no, porque yo no lo creo tanto; te creo un poco, un vivo. Si los que contigo cursan supieran que eran libres ¿no desertarían de tu clase? Contéstame que sí y choca esos cinco.

El Estado, dice más adelante, se divide en «oficial» y «no oficial» Eso será para ti, que obras oficialmente en la Central y extraoficialmente en el Mediodía.

El Derecho Penal no se puede estudiar bajo dos aspectos sino desde dos aspectos, ó desde ninguno, con tal de no pasar por tu ominoso yugo. A las dos páginas dice otra vez: *abajo este concepto pueden distinguirse las dos clases de fuentes del Derecho penal*. Y yo digo que preferible es estar con motivo de los últimos fríos bajo una manta de lana que no bajo un concepto valdesiano.

El Derecho penal es arte y ciencia á la vez. Mentira; estudiado por ti, ninguna de las dos cosas; estudiado por Góraldo, Ferri, Pessina ó Haur, solamente ciencia. Hazen ustedes lo que los albañiles, carpinteros y demás menestrales que, cuando piden limosna por falta de trabajo, dicen: *una limosna para este pobre artista que está hace ocho días compitiendo con Papas*. No, el arte es algo que está por cima de todo eso que los señores Vadillo, Ortega, Daza y Valdés pueden comprender.

La palabra Fuente se emplea en derecho en sentido metafórico. Fuente en su sentido recto—¡papieta, manco!—es el manantial, lugar ó sitio—¿en que quedamos, compadre?—donde mana, surge ó brota un líquido... Fuente es entre periodistas—añado yo—el director de *El País*. Y tanto va el cántaro á la Fuente, que por fin se adivina que ni una sola palabra—de las que tienen sentido común se entiende—es de Valdés, sino de los señores que indica en las notas bibliográficas de cada lección.

La razón es la facultad *conscia*, ó *rellexiva*, en cuanto que vuelve sobre el mismo conocimiento. Esta definición creo que es exactamente igual á aquella que da no sé quién de la *certeza*. Dice aquel á quien me refiero, que *certeza es la verdad sabida ó la conciencia de la verdad*.

La Iglesia, con el gran poder de que estaba dotada en la Edad Media, atendía á la beneficencia ó caridad—sobre una de las dos cosas—y protección pública—tal como despachar á 25 ó 30 personas en un divertido auto de fe—al artístico etc., y en la época presente—se hacen sabios y jugadores por la... electricidad—auxilia el Estado el cumplimiento de estos fines—y de otros como el pagarles á ustedes por ejemplo—y los restantes conforme á la naturaleza humana.

La fuente no es el primer origen de lo que en ella es visto ó percibido que puede venir de las más altas montañas—así el derecho viene—por arte de Valdés—de Dios. ¡Pero cuándo se convencerán estos miseros mortales que ni ellos proceden de tan Supremo Hacedor! Hubiéranlos hecho á su imagen y semejanza y tendrían sentido común, toda vez que él es compendio de sabiduría.

El *sumo grado* no lo suelta de la pluma y lo prodiga con una difusión deplorable.

Decíamos ayer que todos los profesores tienen la fatal manía de relacionar sus ciencias con todas las demás, sin duda para que los ministros de Fomento vayan convenciéndose de la utilidad de las asignaturas que en los centros docentes se explican. Valdés—silo de majaderías—incurre también en esa y dice: *el derecho penal forma parte de las ciencias jurídicas cuya enciclopedia—coincidiríamos de una vez—es una parte de los conocimientos humanos, y por tanto—más cuanto—ha de relacionarse con las otras ciencias*.

El libro termina con un elogio de don Bosco fundador de la orden de los Salesianos—¡Oh las céstrelas conseguidas indignamente!...

Voy á terminar, y como «nullum crimen, nulla pena sine lege» promulguémosla.

Considerando que el señor don José Valdés Rubio viene explicando impunemente la asignatura de derecho penal sin ciencia suficiente para ello:

Considerando que los señores Dorado y Montero y Aramburo son los llamados á ocuparla por sus reconocidos talentos:

Vengo en decretar que el señor Valdés sea expulsado con el vilipendio que por clasificación le corresponde.

Dado en *El Motín* á 25 de Octubre de 1900. Guizot dijo que por cada escuela que se cierra se abre una cárcel. Cerrémoslas todas, si los maestros son como el Valdés.

WIFREDO EL BELLOSO

El general Ordóñez ha hecho en el oratorio del palacio episcopal de Pamplona, ante las autoridades eclesiásticas, pública retractación por haberse batido con el señor Urquiza (*Capitán Verdades*) y ha renovado su profesión de fe católica.

No creo que obraban bien los curas que al frente de las partidas carlistas, se batían con las tropas liberales; y hasta puedo asegurar, sin que esto se tome por alabanza, que los habría fusilado á todos con mucho gusto.

Pero si me dieran á escoger entre ellos y un general que se arrepiente de haberse batido en nombre del honor, vacilaría mucho, y al final me quedaría con los curas. ¡Y para quedarme yo con ellos, calcúlese si me parecerá mal lo que ese general del Ejército español ha hecho!

Proceso incomprensible

Señor director de *El Motín*.

Distinguido señor mío: Estoy bajo el peso de la justicia, al borde del banquillo de sientan los criminales y expuesto á quedar privado algún tiempo de libertad.

El día 8 del próximo Noviembre celebrábase en la audiencia de Pamplona la vista del juicio oral por jurados en que aparecía como procesado, pidiendo para mí el fiscal la pena de seis años y pico de prisión y 2.000 pesetas de indemnización.

¡Delito! ¡...!

En *El Porvenir Navarro* correspondiente al 4 de Marzo último publiqué un artículo en que ridiculizaba de cierto modo la estúpida é inculcable proposición, hecha por un concejal de este ayuntamiento compuesto de neos y sacristanes, cuya proposición consistía en *quitar de la casa consistorial el retrato de la reina para sustituirlo por un corazón de Jesús ó un San José, por estar la reina—según el concejal—demasiado descontenta*.

Para no hacer demasiado extensas estas líneas, diré, en una palabra, que, habiéndome faltado las suficientes pruebas materiales (pues los católicos del ayuntamiento negaron en absoluto que tal proposición se hiciera) para atestiguar el contenido de mi escrito, el juez de instrucción dictó auto de procesamiento para el concejal y para mí, pasando ambas causas en su día á la Audiencia.

Lo incomprensible es que la del concejal se sobresoyó en seguida y la mía no. Y lo raro y anómalo es que hayan calificado mi delito (que no lo hay) de *lesa majestad*, cuando, precisamente mi escrito, en el fondo y en la forma, era todo lo contrario. Y ya ve usted, respetable señor: por «defender» á la reina, puede que yo vaya preso.

Al dirigirlo estas líneas, únicamente es mi objeto ponerle al corriente de esta causa, que va despertando interés, por si la encontrase digna de figurar en las columnas de su ilustrado periódico.

La misma intención me anima con respecto á varios otros periódicos democráticos, siendo mi deseo que la prensa de tal naturaleza comente, cuanto más enérgicamente mejor, el caso que nos ocupa; no persiguiendo, ni mucho menos, por mi parte, el que mi desconocidísimo nombre aparezca en letras de molde, pues al solicitar este apoyo, sólo trato de que se sepa cómo nos tratan á los que pugnamos por despejar esos negros horizontes de obscurantismo y retrogradación que por todas partes nos rodean.

También he de advertirle que el caciquismo y la política deben de jugar papel principal en este demigrante asunto, consecuencia colegida del odio que en este pueblo me profesan curas, místicos, farantes y el partido carlista en general.

Dispense la molestia que le ha causado su respetuoso correligionario y s. s. que b. s. m.

FIDEL MARTÍNEZ URBINA

Fitero 27 de Octubre.

En el Casino republicano de la calle de la Encomienda, se celebró una velada en honor de Moyrón, por haber tumbado con su célebre folleto, á los señores inmorales de la Diputación provincial de Madrid.

Presidió el marqués de Santa Marta y hablaron Moyrón, Menéndez Pallares, Morayta y Acárata. Este último presentó el acto del señor Moyrón como ejemplo á todos los republicanos, diciendo que si todos obrásemos con la misma valentía para atacar las inmorales monarquías, otra sería la suerte de España.

Hubo gran animación.

La libertad religiosa

Tengo ocho ó diez periódicos abiertos sobre mi mesa de trabajo. En todos se habla de lo mismo: de la ola negra que amenaza sumergir y dar al traste con todos los progresos, adelantos y libertades conseguidos por la civilización y la ciencia en estos últimos años.

Voy á copiar párrafos al azar:

«El ministro de Gracia y Justicia ha insinuado en su discurso de apertura de tribunales la idea (que viene acariciándose hace tiempo) de confiar á ciertas órdenes religiosas el régimen y gobierno de los establecimientos penales.» «España está enteramente en manos de los curas. Las torturas de Montjuich estuvieron dirigidas tanto contra el ibrepensamiento como contra la anarquía.» «La instrucción está actualmente más en manos del clero, que lo estaba medio siglo hace.» «En esta España, feudo perpetuo del

clericalismo, los poderes públicos son decididos protectores de todos los elementos reaccionarios. «La Gaceta ha reconocido oficialmente a los jesuitas y escolapios el derecho de enseñar y examinar en sus propios establecimientos.» «Sánchez, el cura asesino, no parece. Algunos periódicos indican la posibilidad de que se encuentre escondido en algún lugar sagrado, donde no sea fácil encontrarle a la autoridad civil.» «Eláblase de que los protestantes tratan nuevamente de celebrar un congreso fuera de España para protestar de la orden del gobierno español, que les prohibió reunirse en Zaragoza.» Etc., etc.

Por eso, después de leer estos datos, me solivianta y me indigna que se me venga hablando de libertad religiosa en una nación como la nuestra.

¡No, y mil veces no! España no ha hecho más que cambiar la coacción física de los siglos pasados, por una coacción psíquica o moral que violenta igualmente las conciencias. Desde el momento que el Estado no reconoce la libertad e igualdad de todas las creencias para moverse dentro de la sociedad civil, la intolerancia subsiste. ¡Nos hace gracia la libertad religiosa que en nuestros tiempos disfrutamos! Es una libertad escrita, pero que no puede practicarse; una libertad de derecho, pero no de hecho; una libertad apesadumbrada por una infinidad de circunstancias que gravitan sobre ella, impidiéndole manifestarse de no tener cada individuo la épica majestad y el gran valor que se necesita para arrostrar el ridículo y hasta las iras populares.

Claro es que el individuo que piensa de distinto modo que el Estado puede hoy en España, según la ley, profesar la religión que considere justa, según su razón; pero el medio que se le propone para que se mueva es totalmente adverso. Es decir, su libertad existe en idea, pero no encuentra en las costumbres que le rodean las necesarias condiciones complementarias para su ejercicio.

Se ve prácticamente todos los días. Muere por ejemplo, en nuestro país, cuyo Estado es católico, un librepensador, o un católico en un país cuyo Estado es protestante; pues sus entierros, no sólo llaman la atención, sino que escandalizan a la mayoría de las gentes, y hasta muchas veces son objeto de manifestaciones hostiles de parte del público. ¿Dónde está, pues, la libertad? Lo que hay es una verdadera coacción moral. La libertad consiste en ejecutar cada uno sus actos, sin que causas ajenas a la voluntad del agente pongan obstáculos de ninguna clase a su acción. Por lo tanto, con la más mínima presión que se ejerza sobre las conciencias, la libertad desaparece. Habrá entonces libertad, como ha habido siempre, en lo que se refiere al fuero puramente interno, pero no en las condiciones circundantes que abonan su ejercicio. Más claro: la libertad no debe existir en el agente, pues el individuo siempre ha tenido la facultad jurídica para profesar las ideas emanadas de su razón, sino en el medio en que tiene que hacer de ellas pública manifestación. Un hombre dentro de un círculo de hierro o rodeado de tinieblas, por más que tenga la libertad de moverse, es lo natural que permanezca inmóvil.

Y mientras se persista en las actuales formas de civilización; mientras se haga sólo de la libertad religiosa declaraciones hipocritas; mientras los Estados como el nuestro decreten la mera tolerancia de las religiones que no sean las privilegiadas, y la decreta generalmente en fórmulas depresivas; mientras hagan que se lleve impresa sobre la carne la marca de la religión que cada uno profesa; mientras se conceda posición política y privilegiada a determinados cleros, no se desarraigará la idea de que deben ser tratados como parias los que profesen una religión distinta de la del Estado, ni la libertad de conciencia pasará de ser una línea inútil de las leyes.

Hoy vemos a la mayoría de las gentes infladas por un fárrago de prejuicios de antiguo acumulados, considerar como monstruos y perdidos a los individuos que profesan una religión distinta a la oficial. Con esto se consigue una fraternidad entre las distintas confesiones muy parecida a la de Caín y Abel.

Puede asegurarse que en la actualidad es muy escaso el número de los que obran corrientemente según sus inclinaciones, atreviéndose a descubrir el fondo de sus conciencias. La mayoría resulta esclava de preocupaciones, aun cuando por falsas apariencias y por dichos de la ley se crea libre.

¡Valiente libertad la que actualmente disfrutamos! Nadie puede ser prácticamente libre donde la fuerza está al lado de las religiones que se tienen por únicas y verdaderas. Es completamente imposible la libertad en los países cuyos Estados continúan sosteniendo religiones privilegiadas. La habrá, sí, pero exclusivamente para aquellos individuos—y realmente son los menos—que tengan la valerosa majestad y la persistencia de carácter de arrostrar el ridículo y la curiosidad universal en holocausto de sus ideas y sus opiniones. Mas para la mayoría, las conciencias continuará amordazadas sufriendo la más monstruosa de las imposiciones, como en los mejores tiempos de la intolerancia.

Con la libertad actual lo único que se consigue es hacer, por flaquezas de condición humana, de gentes libres o independientes, hipocritas que simulan en sociedad lo contrario de lo que sienten, para engañarse a sí mismos. Así vemos prácticamente a la mayoría de las gentes aceptar, casi siempre sin darle importancia alguna y sin discutirla ni amarla, la idea religiosa dominante en el país en que se vive. Casi todos los hijos de extranjeros nacidos en España son católicos; casi todos los españoles criados en Inglaterra protestantes.

Deben, pues, buscarse verdaderas condiciones para el completo ejercicio de la libertad de conciencia, dejando el Estado exclusivamente a los ciudadanos, el cuidado de proveer voluntariamente a sus necesidades espirituales, si las tienen, sin imposiciones, ni en las escuelas, ni en los hospitales, ni en las cárceles, ni en la vida.

¡Ideal inasquequible con la actual organización! Pero que en la mano de todos y de cada uno está el hacer que sazone.

MARIANO GUBER

Hace pocos días se amotinaron las acogidas en la sala de Santa María Magdalena del Hospital Central de Sevilla, fundándose en que los guisotes de arroz que se les daban eran malisimos y el rancho confeccionado con carnes podridas, que exhalaban insuperable hedor.

Estando administrado el Hospital por Hermanitas de los Pobres, ¿podría suceder otra cosa?

No han tenido, pues, razón las acogidas para amotinarse.

Si les dieran de comer como es debido, ¿de dónde iban las Hermanitas a ahorrar lo necesario para contribuir al sostenimiento de la desvalida Compañía de Jesús?

Desengáñense los acogidos y asilados de todas clases, edades y sexos:

La caridad que se les debe, es incompatible con los intereses que persiguen las Hermanitas de la Caridad.

Don Mariano Vela

Otro de los veteranos de nuestras libertades ha caído.

Hombre de acción, diputado en las Cortes, director del Tesoro y gran amigo de Prim y de Ruiz Zorrilla, Vela era uno de los últimos representantes de aquella raza de hombres que trabajaron sin descanso por darnos la libertad de que muy pocos son hoy dignos.

Raciba su familia mi pésame.

La chimenea y la torre

Sentí por cima de mi cabeza ruido de ladrillos, de cubos que subían y bajaban, voces de albañiles y todo ese murmullo propio de una casa en construcción. Alcé la vista y vi un edificio inmenso de altos y robustos muros, y allá, al final, una torre. Estaba destinado a convento.

Cambié la dirección de mis miradas, y a mi derecha se alzaba una fábrica con su chimenea elevadísima, rígida, como si disputase la supremacía de las alturas a la torre.

El contraste que de su examen resultaba, era grandísimo. Los dos edificios son la genuina representación de dos sociedades: una decadente, pasada, tiránica y egoísta; la otra floreciente, nueva, democrática y humanitaria. La fábrica, con sus pabellones alegres y sencillos, simboliza los tiempos modernos; el convento, con su aspecto severo y grave, denuncia las épocas en que los pueblos marchaban unidos al carro de la creencia. En el uno todo es movimiento y animación; en el otro sale vida; en el otro, quietismo, enervamiento. En el primero todo es humano y natural; en el segundo todo va contra la naturaleza. En aquel hay verdad; en éste todo es mentira.

El fin que realizan, como los medios que emplean para conseguirlo, no pueden ser más antitéticos. La fábrica transforma la materia en fuerzas o energías, cuya potencia, sabiamente aplicada, difunde civilización y riqueza por toda la tierra; el convento, síntesis de un movimiento retrospectivo, propaga embrutecimiento, idiotéz, oscurantismo. La primera emplea para lograr su fin las ciencias y las artes; y el segundo la religión y sus atributos: piedad, misticismo, hipocresía.

La fábrica con sus máquinas hace cundir la prosperidad, levanta y conforta a los pueblos; el convento con su iglesia es un abismo sin fondo que consume tesoros y abate a las naciones.

La chimenea y la torre, disputándose la posesión del espacio, representan la lucha en que actualmente se agita la humanidad, y que terminará con el triunfo completo de la primera.

Pero hasta entonces, ¿cuántos esfuerzos, cuántas lágrimas, cuánta sangre!

FRANCISCO ORTIZ

Leo que el general Agustín, aquél que no supo lo que se hizo en Filipinas, ha ido en peregrinación a Roma.

Y que el general Azcárraga estaba en el palacio arzobispal de Toledo cuando fué llamado a reemplazar a Silvela.

Únase a esto lo que en otro lugar refiere el general Ordoñez.

Recuérdese los militares que se ven de uniforme en las fiestas de los jesuitas.

Y dígame por qué ha de ser descabellado el alzamiento de los carlistas, a quienes destruiría yo por completo, si en mi mano estuviera.

Si se ven representados en el gobierno por esencia, ¿qué de particular tiene que pretendan verse en presencia y potencia?

Un agitador de antaño

La flemática, la servil Galicia, ocupa muy envidiable lugar en los gloriosos albores de nuestra democracia. El inmortal Quiroga; la insignie y valerosa compañera de Mina; el temerario oficial Ruiz y Hermida (padre de Ruiz Pons);

el Alvarez del Callao, y vencedor del inmundado migueilismo, Rodil; el ilustre Domínguez, vilmente acorbillado a balazos en la plaza Mayor de Madrid; Bucea, el vengador formidable de tan alevo crimen; Becerra, el hércules de las madrileñas barricadas; el tan distinguido Chao, y sobre todo aquel Ruiz Pons, que abandona su cátedra de Orense, que era su único modo de vivir, para volar de incógnito a Santiago a tomar parte en el alzamiento que tuvo su muy desventurado deslinde en el luctuoso Carral, que fundó la invicta democracia zaragozana, que fué el principal impulsor del grito del infortunado Hore y el que más sufrió sus terribles consecuencias, siendo el hombre, por decirlo así, de las memorables Cortes del 54.

Pero donde se acreditó más su agitada bravura, fué en esta tristísima remembranza: durante los cinco años de la corruptora Unión liberal, se le ocurrió a los principales guías de la patria democracia publicar en clandestina hoja el programa de *La Discusión* en forma de decretos; y no atreviéndose a ponerlo en obra estos muy precavidos varones, hubieron de dirigirse al fundador mencionado, para que afrontase el peligro que ellos rehusaban, seguros de que no lo harían en vano, pues sin pérdida de momento apareció la hoja impresa con la añadidura de una revolucionaria y elocuente concisa alocución a los demócratas aragoneses, y firmada con las iniciales de E. R. P.; con tan mala fortuna, que tal publicación hubo de costarle nueve meses de la más dura de las carcelarias prisiones, una condena de trece años de presidio y una emigración que hubo de precipitarle en brazos de la muerte, en la fuerza de la segunda juventud. (1) Si tan varonil como infatigable agitador pudiera abandonar el extranjero sepulcro en que aún yacen sus venerandas cenizas y contemplara la pasividad de los primates del actual republicanism, echaría de menos su inalterable abandonada mansión, porque su asombro no tendría parecido.

VERITAS

(J. de la Hermita.)

(1) Esta muerte fué, sin duda, una pérdida incalculable para los republicanos, porque Castelar y él, que se profesaban entrañable cariño, hubieran salvado la República. Ruiz Pons poseía lo que a don Emilio le faltaba, es decir, figura tan hercúlea como hermosa, incomparable don de gentes, ni un asomo de vanidad, y un valor dispuesto en toda propicia ocasión a jugarse la vida por el ideal.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—15 céntimos uno.

Colección completa, 5 pesetas francas de porte y certificada.

Para los suscriptores a El Motín a 10 céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

AMARGURAS

Amargas, muy amargas son las ideas que bullen hoy en mi cerebro.

Si mojara mi pluma en hiel, ésta resultaría dulce al lado del amargor que de mi corazón brota.

España, este país rico por su subsuelo, por su agricultura y hasta por su clima, fecundo y poblado de hombres cuyas energías hicieron un tiempo temblar al mundo, esta España que supo acabar las arrogancias del gran capitán del siglo, está hoy inactiva, anémica, leprosa, como asqueroso desperdicio de muladar infecto.

Quien ha leído la historia de la España varonil de antaño, cree estar soñando al ver la España presente.

El pueblo dejó inconscientemente entrada en su casa al jesuita, le dejó clavar el primer clavo para colgar su nauseabunda y deshonrada capa, y ahora se encuentra extranjero en su patria, forastero en su propia vivienda.

Si, pueblo español; sí, proletarios; sí, desheredados de la fortuna; sí, lo dice quien maneja la pluma con la callosa mano del trabajador manual; lo dice quien llegó a forjarse la lisonjera esperanza de una lejana pero segura redención del obrero.

Todos los que apartaron vuestros pasos de la senda democrática para llenar vuestras todavía ineducadas cabezas de ideas irreales por ahora; aquellos que infiltraron en vuestros sencillos corazones el odio a los republicanos, diciendo que todos los políticos debían medirse con el mismo rasero, aquellos son, la experiencia lo ha demostrado, los viles agentes de la reacción que nos mata, del jesuitismo que va ahogándonos, del capitalismo inhumano que nos explota.

Los hombres que hasta hoy han estado al frente del republicanism español, han antepuesto su personalidad a la idea; han atendido a su amor propio antes que al bien de la patria; han preferido que fuesen robadas nuestras colonias y asesinados nuestros hijos, a ceder un ápice de su significación personal. Pero nosotros, los obreros, el verdadero pueblo, hemos dejado también que la fatídica obra se realizara. Halagó a algunos apellidados anarquistas, porque se creían ser más adelantados que los republicanos; halagó a otros decirse socialistas, porque el problema social, cuando pueda resolverse, es el único que a los obreros ha de llevar el justiciero bien de la igualdad sacrosanta; y ni unos ni otros hanse tomado la molestia de medir la altura a que estaba el fruto codiciado; ni unos ni otros han querido ayudar a la construcción del andamiaje republicano que, sirviendo de escalón, les permitiera llegar a la meta de sus deseos.

Los que formamos en el campo republicano siendo socialistas, es decir, teniendo por toda aspiración implantar un régimen para luego de

instaurado formar a la vanguardia de una minoría radical para realizar poco a poco, pero sistemáticamente, las reformas sociales que la equidad demanda y la razón exige, nosotros no estamos culpados de egoísmos, ni éste ha sido la causa de la actual reacción jesuitico capitalista. Y no somos egoístas, porque defendemos el credo democrático sabiendo que a nosotros no puede aportarnos directamente ningún beneficio; pero los que se separan del republicanism, como los que nunca han militado en él, tienen su parte de culpa en los desastres actuales; y tienen esta parte de culpa, porque queriendo llegar a la meta de sus aspiraciones, para disfrutar ellos mismos del bien anhelado, les importa un comino el poner obstáculos a la República, porque, como que con la República ellos no salen ganando, dicen, al que venga después que lo parta un rayo.

No diré nada en contra de la pandilla neomodélica que nos deshonra. Esas gentes, obrando como obran, procurando embutecer al pueblo, robándole el sustento, y eshonrándonos a los ojos del mundo civilizado, no hacen otra cosa que trabajar para llegar al fin que se han propuesto. Raza de buitres, procuran matar al pueblo para nutrirse del cadáver. Por esto no los culpo, contentándome con esperar el día de la revancha, que será terrible, inmensa, despiadada.

Y no alcanzaré tan sólo a esta raza de criminales a cubierto de las leyes, la venganza del pueblo. Todos estos hombres que diciéndose republicanos, sólo cuidan de formar partidos y más partidos, subdividiendo en pequeños grupos la masa que necesita estar compacta para batir a la monarquía, todos estos vividores que sólo aspiran a ser jefes de grupos para, como tales, contar con la influencia en pútridas y elevadas esferas, todos estos serán en su día incluidos en la lista de los traidores y como tales tratados.

La revolución que, tarde lo que tarde, es inevitable, será una grandiosa obra si estallara dirigida por los hombres que pueden hacerlo, y los que la dirigieran podrían encuazar en lo posible el río de las pasiones explotables en los períodos revolucionarios; pero si la revolución estalla sin la cooperación de los que se llaman directores del pueblo, si en lugar de practicar la abertura para la salida de las aguas dejan que el empuje de éstas rompa el muro del pantano, entonces las represalias serán terribles y la indigestible avalancha de los parias, de los vejados, de los famélicos, arrollará todo lo existente.

Vosotros lo habréis querido así, amigos de las medias tintas y de las dilaciones injustificadas; y cuando la historia relate el período en que España desapareciera entre un río de sangre, pedirá el historiador escribir este comentario:

«El pueblo español se dejó engañar por egoísmo; pero al darse cuenta de que el mismo era en parte culpable de su desgracia, acumuló un odio feroz hacia sus embaucadores, porque éstos, con la desvergüenza de la impunidad, cargaron tanto la mano, que vino la explosión con todos los horrores del desenfreno más espantoso.»

¡Pueblo de 1900, avergüénzate de tu imbecilidad!

¡Gobernantes, temblad por vosotros!

¡Directores del republicanism español! ¿No os morís de vergüenza? ¿La tenéis? Demostradlo.

A. GABINAU

NOVELA INÉDITA

Más de medio año hace que Tolstoi está trabajando en una novela de asunto religioso titulada *El Padre Sergio*, en la que describe la vida monacal en Rusia, para presentar las figuras de los malos religiosos.

Una revista rusa publica uno de estos días un capítulo de *El Padre Sergio*, en el que se encierra una de aquellas parábolas a que tan aficionado es Tolstoi.

En las afueras de una aldea, un muchacho se lamenta ante un buen fraile de las barbaridades que con su familia y con todos los vecinos hace el señor del lugar.

«Extático, dice, permanecía el muchacho contemplando la figura hierática que tan poco hablaba, pero que tantas cosas decía con los ojos.»

Extirpado el cuello, alzándose de puntillas a fin de estar más cerca del viejo y taciturno fraile, le contaba de la isba, de la baba, del llanto de los aldeanos reducidos a la esclavitud, de los corderos que se habían llevado los malvados sirvientes del señor...

Cuando hubo acabado de hablar el niño, habló a su vez el anciano.

—Hijo mío,—dijo con voz pausada y solemne como la de la campana mayor tañida en el silencio del anochecer—me has dicho que tus padres y los demás parientes tuyos quieren marcharse del lugar, andar errantes por el mundo con el intento de mejorar su suerte.

—Sí, padre.

—¿Y tú crees que dispersos de esta manera podrán aún auxiliar a los que se quedan en la aldea?

—Sí, padre.

—Pues bien. Toma este tazón y míralo bien.

Pájose, efectivamente, el muchacho en el tazón, que era de barro vulgar, pero que mostraba en el fondo una inscripción que decía: *Unidos, sois mil; dispersos, sois uno.*

—Y ahora, date bien cuenta de la utilidad de este tazón—repuso el fraile. En él recoges el agua que te apaga la sed; en él puedes ordeñar la vaca y alimentarte con su leche; en él puedes guardar el bálsamo que te curará las heridas que pueñas hacerte en la estepa.

—Razón tenéis, padre mío. Un tazón grande así, puede servir para muchísimas cosas.

Entonces el fraile quitó el tazón de manos del niño, y levantando el descarnado brazo lo tiró fuertemente contra la peña.

La taza se hizo mil pedazos. El muchacho, con los ojos abiertos desmesuradamente, estaba atónito, sin explicarse el arrebato del anciano, quien prosiguió diciendo:

—Ya ves cómo se han dispersado los cascotes. Prueba ahora de aprovechar alguno de ellos. El tazón, que era de tanta utilidad, no sirve para nada una vez roto. Y, sin embargo, los cascotes pertenecen todos al tazón, son de barro de su barro, barnizados

con su mismo barniz. Lo cual te prueba cuán verdadero era lo que leíste en el fondo del tazón: *Unidos, sois mil; dispersos, sois uno.* Cada uno de los mil cascotes del tazón no vale la milésima parte del tazón entero.

Así os pasará a vosotros. Juntos, llegaréis a ser la fuerza que un día rendirá a la tiranía; separados, seréis partículas inútiles, vagabundas, sin la esperanza siquiera de volveros a reunir...

Parece que la obra completa no será publicada hasta dentro de algunos meses, pues Tolstoi se afana cada día en corregir su estilo hasta lograr la eliminación de todo lo postizo y superfluo, y conseguir una claridad poco menos que insuperable.

La parábola más aunque para los campesinos rusos, parece escrito para los republicanos españoles.

Abundando yo en la misma idea que Tolstoi, dije en el primer número de El Motín (10 Abril de 1881), que estábamos los republicanos obrando como aquel que derribase una catedral sólida y firme, para construir con sus materiales pequeñas ermitas.

Y consecuente con esa idea, he llegado hasta hoy predicando lo mismo y combatiendo a quienes se han opuesto a ella, o han pactado la unión en condiciones contrarias al fin que perseguíamos.

Los que hayan visto otra cosa en mi campaña, merecen que se les califique de ciegos y guías de ciegos.

¡PAN!

He aquí una palabra que oculta toda la historia de la miseria; palabra sencilla que, pronunciada por un mendigo, es la elocuencia más aterradora del hambre, la desesperación y el dolor; palabra que contiene el llanto, la desnudez y hasta el suicidio.

No hay un eco semejante al que oís de boca de un anciano mendigo, aplastado bajo las torturas de la vida, que se apoya en el báculo, lleva al hombro una bolsa de lienzo, y suplicante os dirige sus ojos velados por sombrías lágrimas, diciéndoos: ¡pan!

No hay un eco semejante al que oís de boca de un niño extragado por los hedores de la pobreza, flaco, feo, desnudo, pálido y enfermo, que no ríe, porque sus labios cárdenos despiden sólo hiel, cuando os implora con esta palabra: ¡pan!

No hay un eco semejante al que oís de boca de un joven macilento y decrepito, un pobre joven que llega con la osadía de la necesidad hasta el gabinete donde están adormecidos los señores, mendigándoles trabajo, que equivale a esta palabra con sangre: ¡pan!

¡Oh! No hay eco que imite los gritos despiadados de la miseria, que sin hallar consuelo se cubre las rodillas maltratadas, se echa encima los harapos, y en tal guisa cruza por las calles en medio del alegre mundo que ríe. Parece que trata de ablandar el orgullo humano ostentando la carne de sus miserias, o bien mover los corazones con un sentimiento de lástima.

Pero no se vence al mundo con poner de manifiesto su humillación. Un mendigo que se presentara en medio de una fiesta a pedir pan, sería echado a palos; un hombre que demandara un empleo, merecería otro tanto; a una mujer honesta que pidiese un vaso de agua, se le exigiría en pago su honor.

Y el harapo humano, desposeído de orgullo, debe caer, sumido en su nada, al lugar de las inmundicias, para rasarse con un casco el pus del cáncer abierto por todos sus dolores; o si siente hervir su sangre rebelde, debe de refugiarse en las tinieblas para amasar en la soledad el plan siniestro de la venganza. Si se humilla en el polvo, se hace un mártir; si levanta su frente, un criminal.

No es extraño, pues, que el brazo que se alargaba tímidamente en las sombras demandando una limosna, se hace airado con el puñal homicida y compre al precio de una vida un mendrugo de pan. La fiera humana, cuando está hambrienta, eriza las crines, se muerde de rabia, rugie potentemente, estira su zarpa y destroza una cabeza. Nada más espantoso. La fiera ya no pide; husmea, va colérica, huele el rastro, enseña los dientes, lucha contra toda la naturaleza, y tiene su banquete salvaje en su tugurio a la claridad de los carbones encendidos.

Hay que pensar en esa fiera.

JOSÉ MARÍA VÉLEZ

ÚLTIMA HORA

El gobierno ha tomado algunas medidas energicas, de las que antes indico.

Se lo agradecerán la civilización, la libertad, la patria y las madres españolas.

DIOS PATRIA Y REY

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

MADRID—IMPRENTA, ENCARNACIÓN, 4.